PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO – CICLO B

«¡PERMANEZCAN DESPIERTOS! ¡VEN, SEÑOR JESÚS!»

Is 63,16b–17.19b; 64,2–7; 1 Cor 1,3–9; Mc 13,33–37

INTRODUCCIÓN

Un farero preguntó una vez a su joven ayudante por qué dedicaba tanto tiempo a limpiar la lámpara del faro cuando el mar estaba tranquilo y no se veía ningún barco. El joven respondió: «Porque no sé cuándo un barco necesitará su luz. ¡Mi deber es mantenerla encendida!»

Hoy comenzamos un nuevo año litúrgico con el Primer Domingo de Adviento. La Iglesia nos invita no solo a contar los días que faltan para Navidad, sino también a prepararnos para la venida de Cristo. Como el farero, debemos mantener encendida la luz de la fe, incluso cuando la vida parece tranquila y todo parece normal.

Las lecturas de hoy nos ofrecen tres mensajes importantes:

• La primera lectura, tomada del profeta Isaías, expresa el profundo anhelo de la humanidad por Dios y nos recuerda que somos barro en las manos del divino Alfarero, que puede dar nueva forma a nuestra vida.

• La segunda lectura, de san Pablo, nos asegura que Dios es fiel y que nos fortalecerá mientras esperamos la manifestación de Jesucristo.

• En el Evangelio, Jesús nos manda permanecer despiertos y vigilantes, porque no sabemos cuándo regresará el dueño de la casa.

Estas lecturas nos invitan a comenzar el Adviento con una esperanza renovada, una fe más profunda y una conversión sincera. Dios no ha terminado su obra en nosotros: su gracia puede reavivar lo que se ha enfriado, sanar lo que ha sido herido y transformar lo que ha salido mal.

Al entrar en este tiempo santo, preguntémonos: ¿Sigue brillando intensamente la luz de Cristo en nuestro corazón? ¿Estamos atentos a la presencia de Dios y a las

necesidades de quienes nos rodean? ¿O hemos permitido que las distracciones, el resentimiento y la indiferencia nos hagan dormir espiritualmente? Reconozcamos nuestros errores, busquemos la misericordia de Dios y preparemos nuestro corazón para acoger al Señor que viene a salvarnos.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas, al comenzar el tiempo de Adviento, reconozcamos que no siempre hemos permanecido vigilantes. A veces hemos permitido que la luz de la fe se debilite a causa de nuestros pecados y de nuestra indiferencia. Con un corazón humilde y arrepentido, pidamos al Señor que nos renueve.

Señor Jesús, vienes a despertarnos del sueño espiritual y nos llamas a permanecer vigilantes. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, eres el Fiel que nos fortalece con tu gracia y nunca nos abandona. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, eres el divino Alfarero que, con paciencia, da nueva forma a nuestra vida y nos conduce a nuevos comienzos. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso despierte nuestro corazón, perdone nuestros pecados, reavive en nosotros la luz de la fe y nos fortalezca para permanecer vigilantes ante la venida de su Hijo, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y misericordioso,

tú eres el Alfarero que modela nuestra vida con amor y el Padre fiel que nunca abandona a sus hijos. Al comenzar este tiempo de Adviento, despierta nuestro corazón del sueño espiritual, reaviva en nosotros la llama de la fe y fortalécenos con tu gracia. Que sepamos reconocer a tu Hijo en nuestra vida cotidiana, permanecer fieles a nuestras responsabilidades y prepararnos con alegría para recibirlo cuando venga.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

INTRODUCCIÓN – NO BASTA CON ESPERAR

Un hombre llegó una vez temprano a una estación de tren para tomar un tren muy importante. Seguro de que tenía mucho tiempo, se sentó, abrió su periódico y se puso a leer. Oyó los anuncios por los altavoces, pero no les prestó mucha atención. Cuando finalmente levantó la vista, ¡su tren ya había salido!

Se quejó al empleado del ferrocarril: «¿Por qué nadie me despertó? ¡Yo estaba esperando mi tren!». El empleado respondió: «Señor, usted estaba esperando el tren, pero no estaba atento para verlo llegar».

Mis queridos hermanos y hermanas, hay una gran diferencia entre esperar y estar vigilantes. Podemos esperar algo importante y, sin embargo, perderlo porque estamos distraídos. Por eso Jesús nos dice hoy: «¡Estén atentos! ¡Vigilen!». El Adviento no consiste simplemente en esperar la Navidad; consiste en estar despiertos para reconocer a Cristo cuando venga.

1. ADVIENTO – PREPARAR UN LUGAR PARA JESÚS

Hoy comenzamos un nuevo año litúrgico. El mundo inicia su año nuevo con ruido y fuegos artificiales; la Iglesia comienza en silencio, con la luz de una vela de Adviento. El mundo ya está celebrando la Navidad, pero la Iglesia nos invita a ir más despacio, hacer silencio y escuchar.

Podemos adornar nuestras casas, preparar comidas deliciosas y comprar regalos, pero quizá olvidemos preparar el lugar más importante: nuestro corazón.

Una maestra preguntó una vez a sus alumnos qué debían preparar para la Navidad. Los niños respondieron: «¡Un árbol!», «¡Regalos!», «¡Un pastel de Navidad!». Un niño pequeño dijo: «Tenemos que preparar un lugar para Jesús». La maestra le preguntó dónde, y él respondió: «En

nuestro corazón. De lo contrario, ¡Jesús no tendrá dónde quedarse!».

¡Qué respuesta tan sencilla y profunda! El Adviento nos invita a hacer espacio para Cristo, apartando el resentimiento, la amargura, el egoísmo y todo aquello que nos mantiene demasiado ocupados para Dios.

2. NUESTRO PROFUNDO ANHELO DE DIOS

Pensemos en unos padres que esperan en un aeropuerto a sus hijos, que regresan a casa después de muchos años, o en una familia que espera fuera de un quirófano noticias sobre un ser querido. La espera revela cuánto necesitamos a la persona que esperamos.

El Adviento nos recuerda que, por encima de todas nuestras actividades y logros, nuestro corazón sigue teniendo sed de Dios. San Agustín lo expresó maravillosamente: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti».

Isaías da voz a este anhelo: «¡Ojalá rasgaras el cielo y bajaras!». Los primeros cristianos rezaban: «¡Maranatha! ¡Ven, Señor Jesús!». Que esta sea nuestra oración durante este Adviento: cuando estemos preocupados, cuando nuestras familias atraviesen dificultades, cuando nos sintamos solos y siempre que necesitemos la presencia de Dios.

3. DIOS PUEDE HACER FLORECER LA PRIMAVERA EN NUESTRO INVIERNO

Isaías habla con sinceridad de nuestra situación espiritual: «Todos nos marchitábamos como las hojas». A veces nuestra oración se vuelve mecánica, el resentimiento echa raíces o estamos tan ocupados que apenas tenemos tiempo para Dios. Puede haber un invierno en nuestro espíritu.

Un árbol viejo parecía estar completamente muerto durante el invierno. Alguien sugirió cortarlo, pero el jardinero dijo: «Esperen. El árbol no está muerto; está esperando la primavera». Cuando llegó la primavera, aparecieron pequeños brotes verdes.

Esta es una lección para nosotros. No debemos juzgarnos a nosotros mismos ni a los demás demasiado pronto. Dios no ve solamente lo que somos hoy, sino también lo que su gracia puede hacer de nosotros mañana. El invierno no es el final de la historia. ¡La primavera todavía es posible!

Isaías continúa con otra hermosa imagen: «Nosotros somos el barro y tú eres nuestro alfarero». Un joven preguntó una vez a un maestro alfarero cuánto tiempo había tardado en hacer un hermoso jarrón. «Cuarenta años», respondió el alfarero. El joven se sorprendió. El alfarero le explicó: «Necesité cuarenta años para convertirme en la persona capaz de hacer este jarrón».

Dios nos va modelando pacientemente a través de nuestras alegrías, nuestros fracasos y nuestras luchas. Tal vez nos resistamos a sus manos, pero el Adviento nos invita a dejar que él actúe en nosotros. Todavía no estamos terminados; ¡Dios tampoco ha terminado su obra en nosotros!

4. DIOS ES FIEL: MANTENGAMOS ENCENDIDO EL FUEGO

San Pablo tranquiliza a los cristianos de Corinto, a pesar de sus divisiones y debilidades: «Dios es fiel». Sus fracasos no anularon la gracia de Dios, y tampoco anulan la nuestra.

Pensemos en un trozo de carbón que se saca de un fuego encendido. Pronto se enfría. Pero, cuando se vuelve a colocar entre las brasas, comienza a brillar de nuevo. Nuestra fe puede enfriarse cuando nos alejamos de la oración, de la Eucaristía y de la Palabra de Dios. Volver al Señor reaviva el fuego.

Durante este Adviento, dejemos que Cristo renueve los dones que quizá se han debilitado en nosotros: la oración, la bondad, la compasión, el perdón y la fe. La fidelidad de Dios es más grande que nuestros fracasos.

5. PERMANEZCAN DESPIERTOS: RECONOZCAN A CRISTO EN LOS DEMÁS

Nuestro mundo está lleno de sistemas de alerta: los automóviles nos advierten del peligro, las alarmas de humo nos avisan de un incendio y los teléfonos nos alertan cuando recibimos mensajes. Pero Jesús nos pide que examinemos nuestro sistema interior de alerta. ¿Me doy cuenta cuando me estoy alejando de Dios, cuando hiero a alguien con mis palabras o cuando me vuelvo indiferente ante el sufrimiento de otra persona?

Un hombre veía regularmente a una anciana en el autobús que tomaba cada mañana. Un día, ella parecía estar especialmente triste. En lugar de mirar su teléfono, le preguntó: «Señora, ¿se encuentra bien?». Ella comenzó a llorar. Su esposo había muerto hacía poco y aquella mañana no había hablado con nadie. Le dio las gracias: «Hoy nadie me había dirigido la palabra». Más tarde, el hombre dijo: «Pensé que yo la estaba ayudando, pero ella me enseñó lo que significa estar despierto».

Cristo puede venir a nosotros en un vecino solitario, en un familiar que necesita perdón o en alguien que sufre en silencio. Viene a nosotros en la Eucaristía y en su Palabra, pero también viene en las personas que necesitan nuestro amor. La vigilancia cristiana significa reconocerlo en las personas de cada día.

6. UNA ESPERA ACTIVA: DAR EL SIGUIENTE PASO

La espera del Adviento no es pasiva. En el Evangelio, el dueño deja a sus servidores al cuidado de la casa y espera que cada uno realice el trabajo que se le ha confiado. También nosotros debemos permanecer fieles mientras esperamos al Señor.

Una madre que espera a su hijo, que regresa después de una larga ausencia, no se queda simplemente sentada sin hacer nada. Limpia la casa, prepara su comida favorita y arregla su habitación. Su espera se expresa mediante el amor y la acción.

Por eso, nuestra espera de Cristo debe ser activa: rezamos, perdonamos, servimos, animamos y consolamos

a quienes sufren. Tal vez nuestro siguiente paso durante este Adviento sea volver a la oración, acudir al sacramento de la Reconciliación, reconciliarnos con alguien, visitar a una persona enferma o llamar por teléfono a alguien que se siente solo. No tenemos que resolverlo todo hoy. Solo tenemos que dar el siguiente paso con Cristo.

CONCLUSIÓN – EL PADRE CONOCE EL CAMINO

Una niña viajaba con su padre por el campo. Estaba oscureciendo y ella le preguntó: «Papá, ¿puedes ver el camino?». Él respondió: «Sí, cariño». Entonces ella preguntó: «¿Puedes ver todo el camino hasta nuestra casa?». Él sonrió y contestó: «No, querida. Pero puedo ver lo suficiente del camino para llevarnos hasta allí con seguridad».

La niña se acercó más a él y dijo: «Está bien, papá. No necesito ver todo el camino. Solo necesito saber que tú estás conduciendo».

Mis queridos hermanos y hermanas, eso es la fe. No sabemos qué nos traerá el mañana ni el año que comienza. A veces el camino estará oscuro y quizá no comprendamos lo que Dios está haciendo. Pero sabemos quién nos guía. ¡Nuestro Padre conoce el camino!

Comencemos el Adviento no con miedo, sino con esperanza; no con ansiedad, sino con confianza. Preparemos para la Navidad no solo nuestras casas, sino también nuestro corazón para Cristo.

Que nuestra oración sea esta: «¡Maranatha! ¡Ven, Señor Jesús! Ven a nuestros hogares, a nuestras familias, a nuestras relaciones heridas y a nuestro corazón. Cuando vengas, que nos encuentres despiertos, vigilantes, fieles y dispuestos a acogerte». Amén.

PROFESIÓN DE FE (solo para la meditación personal)

Señor Jesucristo, creo que eres el Hijo de Dios, el Salvador del mundo y la respuesta a nuestro anhelo más profundo. Eres aquel que viene a mi vida, despierta mi corazón y me conduce hacia la plenitud de la vida.

Creo que Dios, mi Padre, es el divino Alfarero que modela mi vida con amor. Incluso cuando fracaso, caigo o pierdo

el rumbo, su misericordia nunca me abandona. Sigo siendo una obra en sus manos y confío en que él todavía no ha terminado su trabajo en mí.

Creo que Dios es fiel. Sus promesas nunca fallan, su gracia nunca se agota y su amor es más grande que todas mis debilidades. Cuando mi fe se enfría, él puede reavivar su llama y devolverme la esperanza.

Creo que vienes a mí en la Sagrada Eucaristía, en tu Palabra viva y en cada persona que necesita mi amor, mi perdón y mi compasión. Abre mis ojos para que pueda reconocerte en los encuentros ordinarios de cada día.

Creo que esperarte significa mucho más que contar los días. Significa vivir cada día con fe, servir con amor, perdonar generosamente, rezar con fidelidad y permanecer atento a tu presencia.

Creo que no necesito saberlo todo acerca del mañana, porque tú caminas a mi lado y mi Padre celestial conoce el camino. Incluso cuando el camino se vuelva oscuro, no me dejaré vencer por el miedo, porque estoy sostenido por tus manos amorosas.

Por eso, Señor, elijo permanecer despierto. Elijo mantener encendida la llama de la fe. Elijo permitir que moldees mi corazón y transformes mi vida.

¡Ven, Señor Jesús! Ven a mi corazón, a mi familia, a mis relaciones, a mis luchas y a mi futuro. Cuando vengas, que me encuentres fiel, vigilante, lleno de esperanza y dispuesto a acogerte. Amén.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Mis queridos hermanos y hermanas, al comenzar el tiempo de Adviento, acudamos a nuestro Padre fiel, que modela pacientemente nuestra vida y nos fortalece con su gracia. Con un corazón vigilante y confiado, presentémosle nuestras súplicas.

Respuesta: Señor, despierta nuestro corazón y escucha nuestra oración.

1. Por el papa León XIV, nuestros obispos, sacerdotes y religiosos: para que anuncien fielmente la esperanza del Adviento, despierten el corazón de los fieles y conduzcan al pueblo de Dios hacia una relación más profunda con Cristo. Roguemos al Señor.

2. Por la Iglesia en todo el mundo: para que, como los servidores del Evangelio de hoy, permanezcamos vigilantes, seamos fieles a nuestras responsabilidades y estemos dispuestos a reconocer a Cristo en cada persona que encontremos. Roguemos al Señor.

3. Por las familias y las comunidades: para que este Adviento sea un tiempo de reconciliación, perdón y amor renovado, y para que quienes se han alejado de Dios vuelvan a descubrir la calidez de su presencia. Roguemos al Señor.

4. Por quienes están desanimados, solos, angustiados o agobiados por las dificultades de la vida: para que experimenten el toque sanador del divino Alfarero, descubran una nueva esperanza y confíen en la fidelidad de Dios. Roguemos al Señor.

5. Por los enfermos, los moribundos y todos nuestros queridos difuntos: para que los enfermos reciban salud, consuelo y fortaleza, y nuestros hermanos y hermanas difuntos sean acogidos en la alegría eterna del Reino de Dios. Roguemos al Señor.

Padre celestial, tú eres fiel a tus promesas y paciente al modelar nuestra vida. Escucha las oraciones que ponemos ante ti. Mantén viva nuestra fe, despierta nuestro corazón y prepáranos para recibir a tu Hijo con alegría y amor. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mis queridos hermanos y hermanas, ofrezcamos ahora al Señor el pan y el vino, junto con nuestra vida, nuestras esperanzas y nuestro compromiso de permanecer vigilantes ante la venida de Cristo. Oremos para que mi sacrificio y el de ustedes sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta los dones que te presentamos y transfórmalos en el sacramento de la presencia salvadora de tu Hijo. Mientras esperamos su venida, modela nuestro corazón con tu gracia, reaviva nuestra fe y haz de nuestra vida una ofrenda viva de amor, servicio y vigilancia.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO – DESPIERTOS Y PREPARADOS PARA EL SEÑOR

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

Porque nunca abandonas a tu pueblo, sino que lo guías fielmente en cada etapa de la vida. Por medio de los profetas despertaste en nuestro corazón el anhelo de tu presencia; por medio de tu Hijo nos revelaste la plenitud de tu amor; y por medio del Espíritu Santo nos fortaleces continuamente mientras esperamos su venida gloriosa.

Tú eres el divino Alfarero que modela pacientemente nuestra vida, el Padre fiel que renueva nuestra esperanza y la luz que nunca permite que nuestro corazón permanezca en las tinieblas.

En este tiempo santo de Adviento, nos llamas a permanecer vigilantes, a reavivar la llama de la fe y a reconocer a tu Hijo en la Palabra, en la Eucaristía y en nuestros hermanos y hermanas.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles, con los tronos y las dominaciones, y con todos los coros y potestades del cielo, cantamos sin cesar el himno de tu gloria:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Mis queridos hermanos y hermanas, somos hijos de un Padre fiel que nunca nos abandona y cuyas manos modelan nuestra vida con amor. Con confianza y seguridad, oremos con las palabras que nos enseñó nuestro Salvador:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y despierta nuestro corazón de toda indiferencia espiritual.

Concédenos la paz en nuestros días para que, sostenidos por tu misericordia, permanezcamos fieles en la oración, generosos en el amor y vigilantes mientras esperamos la venida de tu Hijo.

Líbranos del pecado y protégenos de toda inquietud mientras esperamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú eres la luz que despierta nuestro corazón y el Pastor fiel que nos guía a través de toda oscuridad.

No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele bondadosamente la paz y la unidad conforme a tu voluntad.

Aleja de nuestro corazón el resentimiento, la amargura y la indiferencia, y ayúdanos a ser instrumentos de reconciliación, perdón y esperanza en nuestras familias y comunidades.

Mantennos vigilantes en el amor y unidos en tu gracia.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Mis queridos hermanos y hermanas, el Señor que nos llama a permanecer vigilantes viene ahora a nuestro encuentro en la Eucaristía. Él es el Pan de Vida que reaviva nuestra fe, fortalece nuestro corazón y nos prepara para su venida gloriosa.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Has venido a nuestro corazón en esta Sagrada Comunión.

No permitas que volvamos a nuestros antiguos hábitos de sueño espiritual e indiferencia.

Como divino Alfarero, sigue modelando nuestra vida.

Como Padre fiel, fortalécenos cuando nos sintamos débiles.

Como luz del mundo, despiértanos siempre que la oscuridad nos rodee.

Que sepamos reconocerte en las personas que encontramos, servirte en quienes sufren y mantener encendida la llama de la fe mediante la oración, el perdón y el amor.

Que toda nuestra vida se convierta en una preparación gozosa para tu venida.

¡Maranatha! ¡Ven, Señor Jesús!

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, Dios nuestro, nos has alimentado con el Pan de Vida y nos has fortalecido con la presencia de tu Hijo. Que esta Sagrada Comunión despierte nuestro corazón, reavive nuestra fe y nos transforme en servidores fieles, vigilantes en la oración y generosos en el amor. Mientras esperamos la venida de Cristo, que sepamos reconocerlo en nuestra vida cotidiana y prepararnos con alegría para encontrarnos con él cuando venga en su gloria.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios que modela vuestra vida con amor os fortalezca con su gracia, despierte vuestro corazón a su presencia y mantenga encendida en vosotros la llama de la fe.

Que os conceda la paciencia para esperar, la sabiduría para reconocer a Cristo en los demás y la valentía para permanecer fieles en toda circunstancia.

Y que Dios todopoderoso os bendiga, el Padre, el Hijo ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Id en paz, mantened encendida la llama de la fe y permaneced despiertos ante la venida del Señor.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«No os limitéis a esperar a Cristo; vivid cada día preparados para recibirlo».

LUNES DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

Is 2,1–5; Mt 8,5–11

«SEÑOR, DI UNA SOLA PALABRA: UN CAMINO DE HUMILDAD, CONFIANZA Y SANACIÓN»

INTRODUCCIÓN

Una niña plantó una vez una pequeña semilla en una maceta. Todas las mañanas la regaba, aunque no parecía suceder nada. Su hermano se rio y le preguntó: «¿Por qué sigues regando algo que no está creciendo?». Ella respondió: «¡Porque creo que algo está sucediendo bajo la tierra, aunque no pueda verlo!».

La fe consiste en confiar en la obra de Dios incluso cuando todavía no podemos ver sus resultados.

Queridos hermanos y hermanas, hoy comenzamos nuestro camino de Adviento con este espíritu de esperanza y confianza.

En la primera lectura, el profeta Isaías nos presenta una hermosa visión de todas las naciones que acuden al

monte del Señor, donde Dios establecerá la paz y enseñará a la humanidad a caminar por sus caminos. Quienes caminan en la luz de Dios se convierten en instrumentos de su paz.

En el Evangelio, un centurión romano se acerca a Jesús con una humildad y una confianza extraordinarias, creyendo que una sola palabra del Señor basta para sanar a su criado. Jesús queda admirado de su fe y declara: «En Israel no he encontrado en nadie una fe tan grande».

Estas lecturas nos introducen en el corazón del Adviento: un camino hacia Cristo, que viene a nuestro encuentro con su presencia sanadora. Como el centurión, estamos invitados a acercarnos a él con humildad y confianza, creyendo que su Palabra puede transformar incluso las situaciones más difíciles.

Mientras nos preparamos para recibir al Señor, preguntémonos: ¿Caminamos verdaderamente en su luz? ¿Confiamos en su Palabra? ¿Es nuestro corazón lo bastante humilde para recibirlo? Reconozcamos aquellos momentos en que nuestra fe ha sido débil, nuestra confianza incompleta y nuestra vida se ha alejado de sus caminos, y busquemos con confianza su misericordia.

ACTO PENITENCIAL CON INVOCACIONES DEL KYRIE

Sacerdote: Al comenzar nuestro camino de Adviento, reconozcamos nuestros pecados y pidamos al Señor que fortalezca nuestra fe, profundice nuestra humildad y nos conduzca hacia su luz.

— Señor Jesús, tú eres la Luz que nos guía por el camino de la paz. Perdónanos cuando caminamos en la oscuridad y nos apartamos de tus caminos. Señor, ten piedad.

— Cristo Jesús, tú acoges a todos los que se acercan a ti con un corazón humilde y confiado. Perdónanos por nuestro orgullo, nuestras dudas y nuestra falta de confianza en tu Palabra. Cristo, ten piedad.

— Señor Jesús, tu Palabra trae sanación y salvación. Perdónanos cuando no confiamos en tu poder y no compartimos tu compasión con los demás. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados, fortalezca nuestra fe, nos guíe con su luz y nos haga dignos de recibir a su Hijo con un corazón humilde y confiado, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y misericordioso, al comenzar nuestro camino de Adviento, despierta en nosotros una fe humilde y firme. Enséñanos a caminar en tu luz, a confiar en el poder de tu Palabra y a recibir a tu Hijo con el corazón abierto a su presencia sanadora. Que nuestra fe lleve esperanza a quienes sufren y paz a nuestro mundo atribulado.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un farero observó una vez un barco que luchaba contra una tormenta violenta. El capitán envió un mensaje pidiendo orientación. El farero respondió: «Sigue la luz. Te conducirá sano y salvo al puerto».

El capitán no podía controlar la tormenta, pero sí podía confiar en la luz.

Ese es el mensaje del Adviento: quizá no podamos controlar las tormentas de la vida, pero siempre podemos seguir la luz de Cristo.

En la primera lectura, Isaías nos ofrece una visión maravillosa: todas las naciones acudirán al monte del Señor. Los pueblos aprenderán los caminos de Dios, las espadas se convertirán en arados y las naciones ya no aprenderán a hacer la guerra.

¡Qué hermoso sueño de Adviento! Dios no quiere un mundo dominado por el odio, la violencia y la división. Nos invita a caminar en su luz y a convertirnos en instrumentos de reconciliación y de paz.

Pero ¿cómo comenzamos este camino? El Evangelio nos da la respuesta por medio de un centurión romano.

Su criado está gravemente enfermo. El centurión se acerca a Jesús, no para exigirle nada, sino para suplicarle ayuda. Cuando Jesús se ofrece a ir a su casa, el centurión responde:

«Señor, no soy digno de que entres en mi casa; pero basta que lo digas de palabra y mi criado quedará sano».

Jesús queda admirado de su fe. El centurión nos enseña dos lecciones esenciales.

En primer lugar, la humildad. Reconoce que no tiene derecho a exigirle nada a Jesús. Se acerca con un corazón abierto y confiado.

En segundo lugar, la confianza en la Palabra de Dios. Como oficial del ejército, comprende lo que significa tener autoridad. Sabe que una orden no depende de la presencia física de quien la da. Cree que Jesús tiene una autoridad muy superior a la suya.

Un agricultor dijo una vez: «No puedo ordenar que llueva, pero sí puedo preparar la tierra». Esa es precisamente nuestra tarea durante el Adviento: no podemos controlar todo lo que sucede en nuestra vida, pero podemos preparar nuestro corazón para recibir la gracia de Dios.

Y cada vez que nos acercamos a la Sagrada Comunión, repetimos las palabras del centurión: «Señor, no soy digno...». Nos recuerdan que la humildad abre la puerta a la gracia y que la fe nos prepara para recibir al Señor.

Un anciano dijo una vez: «Cuando no puedo ver el camino que tengo delante, me aferro con más fuerza a la mano que me guía».

Queridos amigos, quizá no sepamos qué nos depara el mañana, pero sabemos quién sostiene nuestro mañana. Caminemos en su luz, acerquémonos a él con humildad y confiemos en su Palabra. Que Jesús encuentre en nosotros la misma fe que un día lo admiró en el centurión.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Hermanos y hermanas, animados por la fe humilde y confiada del centurión, presentemos nuestras súplicas al Señor, cuya Palabra da luz, sanación y esperanza al mundo.

Respuesta: Señor, aumenta nuestra fe y escucha nuestra oración.

1. Por la Iglesia: para que, guiada por la luz de Cristo, conduzca a todos los pueblos hacia el Reino de Dios y sea testimonio de reconciliación, justicia y paz en el mundo. Roguemos al Señor.

2. Por los gobernantes de las naciones: para que trabajen sinceramente por superar la violencia, el odio y la división, y transformen los instrumentos de guerra en instrumentos de paz, como lo anunció el profeta Isaías. Roguemos al Señor.

3. Por quienes tienen una fe débil o se sienten abandonados en medio de sus sufrimientos: para que el ejemplo del centurión los anime a acercarse a Jesús con humildad y confianza en el poder sanador de su Palabra. Roguemos al Señor.

4. Por nuestras familias y comunidades: para que durante este tiempo de Adviento preparemos nuestro corazón para recibir a Cristo mediante la oración, el perdón, la generosidad y una preocupación sincera por los demás. Roguemos al Señor.

5. Por los enfermos y los difuntos: para que los enfermos experimenten la presencia sanadora de Cristo y el consuelo de su amor, y nuestros hermanos y hermanas difuntos sean recibidos en el banquete eterno del Reino de Dios. Roguemos al Señor.

Padre celestial, nunca abandonas a quienes ponen su confianza en ti. Escucha las oraciones que te hemos presentado con humildad, fortalece nuestra fe y guíanos por el camino de tu luz. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos y hermanas, como el centurión que se acercó a Jesús con humildad y confianza, ofrezcamos ahora nuestros dones y nuestra vida al Señor, pidiéndole que los transforme con su gracia. Oremos para que mi sacrificio y el de ustedes sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Acepta, Señor, estos dones que te ofrecemos con un corazón humilde.

Al poner nuestra confianza en el poder de tu Palabra, que este santo sacrificio profundice nuestra fe, sane las heridas de nuestro corazón y nos prepare para recibir a tu Hijo, que viene a traer luz y paz al mundo.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

Porque, en la humildad de su primera venida, él reveló la grandeza de tu amor y se convirtió en la Palabra salvadora que trae sanación a todos los pueblos. Nos llama a caminar en su luz y nos prepara para su glorioso retorno.

Por la fe esperamos su venida con el corazón lleno de esperanza, confiando en que solo su Palabra puede renovar nuestra vida y traer paz al mundo.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles, con los tronos y las dominaciones, y con todos los coros y potestades del cielo, cantamos sin cesar el himno de tu gloria:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Por invitación de Cristo, que nos llama a caminar en la luz del Padre y a confiar en su providencia, oremos con un corazón humilde y confiado:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te rogamos, de todos los males y concédenos la paz en nuestros días. Fortalece nuestra fe cuando afrontemos las tormentas de la vida, profundiza nuestra humildad y ayúdanos a confiar en el poder sanador de tu Palabra. Líbranos del pecado y protégenos de toda inquietud mientras esperamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú eres la Luz que conduce a todos los pueblos hacia el Reino del Padre. Alabaste la fe humilde del centurión y concediste la sanación por el poder de tu Palabra. No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele bondadosamente la paz y la unidad conforme a tu voluntad. Sana las divisiones que existen en nuestras familias, comunidades y naciones, y enséñanos a ser instrumentos de reconciliación y esperanza mientras caminamos hacia tu venida.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Contemplemos a Jesús, la Palabra sanadora del Padre, que viene a habitar entre nosotros y a fortalecer nuestra fe. Acerquémonos a él con la humildad del centurión, confiando en que su presencia puede sanar nuestra alma y renovar nuestra vida.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, has entrado en nuestro corazón, no porque seamos dignos, sino porque tu amor es más grande que nuestra indignidad.

Como el centurión, ponemos ante ti nuestras esperanzas, preocupaciones y cargas.

Pronuncia tu Palabra sanadora sobre nuestro corazón herido, nuestras familias atribuladas y nuestro futuro incierto.

Enséñanos a caminar en tu luz y a confiar en ti incluso cuando no podamos ver el camino que tenemos delante.

Señor, di una sola palabra y nuestras almas quedarán sanas.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados de nuevo con el Pan de Vida, te suplicamos humildemente, Señor, que esta sagrada Comunión fortalezca nuestra fe, profundice nuestra confianza en tu Palabra y nos guíe por el camino de tu luz. Que llevemos la presencia sanadora de Cristo a todas las personas con quienes nos encontremos, mientras esperamos con alegría su venida.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN FINAL

Que el Señor, que os llama a caminar en su luz, fortalezca vuestra fe y guíe vuestros pasos a lo largo de este camino de Adviento.

Que os conceda la humildad del centurión, la confianza para creer en su Palabra y la gracia de convertiros en instrumentos de su sanación y de su paz.

Y que Dios todopoderoso os bendiga, el Padre, el Hijo ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Id en la luz de Cristo y confiad en el poder de su Palabra.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Quizá no sepamos cómo actuará Dios, pero sabemos que su Palabra es suficiente».

MARTES DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

Is 11,1–10; Lc 10,21–24

«ABRE NUESTROS OJOS, SEÑOR: LA GRACIA DE VER Y RECONOCER TU PRESENCIA»

INTRODUCCIÓN

Un turista visitó una vez una hermosa catedral y admiró sus magníficas vidrieras. Durante el día comentó que las ventanas parecían bastante apagadas y corrientes. Pero cuando la luz del sol las atravesó, toda la iglesia se llenó de colores brillantes. Un anciano encargado del cuidado de la catedral sonrió y dijo: «Las ventanas no han cambiado, señor. ¡La diferencia está en la luz que las atraviesa!».

La fe es la luz que nos permite descubrir la belleza de Dios allí donde otros no ven nada extraordinario.

Queridos hermanos y hermanas, mientras continuamos nuestro camino de Adviento, la liturgia de hoy nos invita a abrir los ojos y el corazón para reconocer la presencia de Dios en medio de nosotros.

En la primera lectura, Isaías anuncia que del tronco de Jesé brotará un retoño. Lleno del Espíritu del Señor, el Mesías prometido establecerá un reino de justicia, armonía y paz. Donde el mundo ve un tronco muerto, Dios ve el comienzo de una vida nueva.

En el Evangelio, Jesús se llena de alegría en el Espíritu Santo y alaba al Padre porque revela los misterios de su Reino a los humildes y sencillos como los niños. Dice a sus discípulos: «¡Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven!».

Estas lecturas nos recuerdan que el Adviento no consiste solamente en esperar a Cristo, sino también en aprender a reconocerlo cuando viene. Necesitamos los ojos de la fe para descubrir su presencia, los oídos de los discípulos para escuchar su Palabra y el corazón de los niños para recibir su amor.

Pidamos, por tanto, al Señor que quite de nosotros la ceguera del orgullo, de la indiferencia y de la costumbre espiritual, para que podamos reconocer su presencia con una admiración renovada. Reconociendo las veces en que no hemos sabido verlo, escucharlo ni responderle, busquemos humildemente su misericordia.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas, el Señor nos invita a acercarnos a él con un corazón humilde y sencillo como el de los niños. Reconozcamos aquellos momentos en que hemos cerrado los ojos a su presencia y nuestro corazón no ha estado dispuesto a recibir su Palabra.

— Señor Jesús, tú eres el Mesías prometido, el retoño que brota del tronco de Jesé y que trae vida nueva y esperanza. Perdónanos cuando no sabemos reconocer tu presencia en nuestra vida. Señor, ten piedad.

— Cristo Jesús, tú revelas los misterios del Reino de Dios a los humildes y sencillos como los niños. Perdona nuestro orgullo, nuestra arrogancia y nuestra falta de disposición para aprender de ti. Cristo, ten piedad.

— Señor Jesús, bendices a quienes ven y escuchan las maravillas del Reino de Dios. Perdónanos cuando oímos tu Palabra sin escucharla de verdad y recibimos tus dones sin gratitud. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados, ilumine los ojos de nuestro corazón, renueve en nosotros la humildad de los niños y nos prepare para reconocer y recibir a su Hijo, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, tú revelas los misterios de tu Reino a los corazones humildes y abiertos. Abre nuestros ojos para reconocer tu presencia, nuestros oídos para escuchar tu Palabra y nuestro corazón para recibir a tu Hijo con una fe sencilla como la de los niños. Que el Espíritu que reposó sobre el Mesías prometido nos llene

de sabiduría, justicia y paz, mientras esperamos con alegría su venida.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un artista famoso visitó una vez un pueblo y pintó un hermoso cuadro del amanecer. La gente lo admiró, pero una anciana permaneció largo rato delante de él. Finalmente, dijo: «He visto miles de amaneceres, pero este cuadro me ha hecho mirar el amanecer de una manera diferente».

A veces, el mayor regalo no consiste en ver algo nuevo, sino en aprender a mirar con ojos nuevos las cosas que ya conocemos.

Ese es el mensaje del Evangelio de hoy.

Jesús se llena de alegría en el Espíritu Santo y alaba al Padre:

«Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los pequeños».

Jesús no está condenando la educación ni la inteligencia. Nos recuerda que los misterios más profundos de Dios no se descubren únicamente por medio de la inteligencia. También deben recibirse con humildad, apertura y fe.

Una persona puede saberlo todo acerca de la oración y, sin embargo, no orar nunca de verdad. Alguien puede conocer la Biblia de principio a fin y no permitir que la Palabra de Dios transforme su vida.

Conocer cosas acerca de Dios no es lo mismo que conocer a Dios.

La primera lectura nos ofrece una imagen hermosa: un retoño que brota del tronco de Jesé. Lo que parece muerto y sin esperanza se convierte en el comienzo de algo maravilloso. El Espíritu del Señor reposará sobre este Mesías prometido y traerá sabiduría, justicia y paz.

Esa promesa se cumple en Jesús.

Y Jesús dice a sus discípulos: «¡Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven!».

Los profetas y los reyes anhelaron contemplar lo que los discípulos estaban viendo. También nosotros hemos recibido este privilegio extraordinario: tenemos el Evangelio, la Eucaristía y el don de conocer a Cristo.

Sin embargo, ¡con qué facilidad nos acostumbramos a las cosas sagradas!

Una madre se quejaba una vez de que su hijo adolescente nunca la escuchaba. Él le respondió: «Mamá, ¡eso ya lo he oído muchas veces!». Ella le contestó con dulzura: «Pero ¿alguna vez lo has escuchado de verdad?».

Quizá eso es lo que Jesús nos pregunta hoy: ¿Hemos escuchado de verdad su Palabra? ¿Lo reconocemos en la Eucaristía? ¿Todavía nos asombra el hecho de que Dios nos ama?

El Adviento nos invita a mirar de nuevo, escuchar de nuevo y creer de nuevo.

Un sacerdote anciano dijo una vez: «Cuanto más envejezco, menos pretendo saber acerca de Dios, pero más descubro cuánto lo necesito».

Queridos amigos, pidamos los ojos de un niño, los oídos de un discípulo y un corazón siempre abierto a las sorpresas de Dios.

Entonces comprenderemos verdaderamente las palabras de Jesús:

«¡Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven!».

ORACIÓN DE LOS FIELES

Hermanos y hermanas, Jesús nos invita a ser humildes y sencillos en la fe, con los ojos abiertos a la presencia de Dios y el corazón dispuesto a recibir su Palabra. Presentemos nuestras súplicas a nuestro Padre celestial con confianza y esperanza.

Respuesta: Señor, abre nuestros ojos para reconocer tu presencia.

1. Por la Iglesia: para que, guiada por el Espíritu Santo, anuncie a Cristo con sabiduría y humildad, y ayude a todas las personas a reconocer la presencia del Reino de Dios en medio de ellas. Roguemos al Señor.

2. Por los gobernantes de las naciones: para que estén llenos de la sabiduría y la inteligencia del Espíritu, y trabajen sinceramente por la justicia, la armonía y la paz, como lo anunció el profeta Isaías. Roguemos al Señor.

3. Por quienes han perdido la esperanza, especialmente por quienes sufren desánimo, soledad u oscuridad espiritual: para que la promesa de vida nueva, representada por el retoño del tronco de Jesé, renueve su esperanza y fortalezca su fe. Roguemos al Señor.

4. Por nuestras familias y comunidades: para que recuperemos la humildad y la capacidad de asombro de los niños, escuchemos atentamente la Palabra de Dios y reconozcamos a Cristo en la Eucaristía y en las personas que encontramos cada día. Roguemos al Señor.

5. Por los enfermos y los difuntos: para que los enfermos experimenten la presencia sanadora de Cristo y encuentren fortaleza en su amor, y nuestros hermanos y hermanas difuntos contemplen la gloria de Dios y gocen de la felicidad eterna en su Reino. Roguemos al Señor.

Padre celestial, tú revelas las maravillas de tu Reino a quienes se acercan a ti con un corazón humilde. Escucha nuestras oraciones, ilumina nuestra mente y fortalece nuestra fe, para que reconozcamos a tu Hijo y nos alegremos con su venida. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos y hermanas, con un corazón humilde y agradecido, presentemos nuestros dones al Señor. Pidámosle que ilumine nuestra vida con la sabiduría de su Espíritu y nos prepare para reconocer a su Hijo en los misterios que celebramos. Oremos para que mi sacrificio y el de ustedes sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Acepta, Señor, los dones que te ofrecemos con fe. Que esta ofrenda sagrada purifique nuestro corazón, ilumine nuestra mente y aumente nuestra admiración ante el misterio de tu amor, para que reconozcamos a tu Hijo con los ojos de la fe y lo recibamos con un corazón renovado por el Espíritu Santo.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

Porque, en tu infinita sabiduría, prometiste por medio de los profetas un Salvador que traería justicia, paz y reconciliación a todos los pueblos. Cuando llegó la plenitud de los tiempos, enviaste a tu Hijo, sobre quien reposó el Espíritu de sabiduría e inteligencia. Él reveló los misterios de tu Reino a los humildes y abrió los ojos de quienes anhelaban contemplar tu salvación.

Por medio de él, nos invitas a redescubrir la maravilla de la fe y a reconocer tu presencia en medio de nosotros. Mientras esperamos su venida, llena nuestro corazón con la alegría del Espíritu Santo, para que nos unamos a los coros de los ángeles y de los santos al proclamar tu gloria, diciendo sin cesar:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Jesús nos invita a participar de su propia relación de amor con el Padre. Con el corazón confiado de los niños, oremos al Padre que nos revela su amor por medio de su Hijo:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te rogamos, de todos los males y concédenos la paz en nuestros días. Fortalece nuestra fe cuando afrontemos las tormentas de la vida, profundiza nuestra humildad y ayúdanos a confiar en el poder

sanador de tu Palabra. Líbranos del pecado y protégenos de toda inquietud mientras esperamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú eres el Mesías prometido, sobre quien reposa el Espíritu de sabiduría e inteligencia. Revelas el amor del Padre a los humildes y llevas la paz a todos los que acogen tu Reino.

No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele bondadosamente la paz y la unidad conforme a tu voluntad. Abre nuestros ojos para que nos reconozcamos unos a otros como hermanos y hermanas, quita la ceguera de los prejuicios y de la división, y haznos instrumentos de la armonía y la reconciliación que promete tu Reino.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Contemplemos a Jesús, el Mesías prometido, que viene a revelarnos el amor del Padre e iluminar nuestro corazón. Acerquémonos a él con la humildad de los niños, pidiendo los ojos de la fe para reconocerlo y la gracia de recibirlo con admiración y gratitud.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, has venido a nuestro corazón. Abre nuestros ojos para reconocer tu presencia, incluso en los momentos ordinarios de la vida.

Abre nuestros oídos para escuchar tu voz en el silencio de la oración y en las palabras de tu Evangelio. Abre nuestro corazón para recibir tu amor con la humildad y la capacidad de asombro de un niño. Que nunca nos acostumbremos tanto a las cosas sagradas que perdamos la alegría de descubrirte de nuevo.

Señor, danos los ojos de la fe, los oídos de los discípulos y el corazón de los niños.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que los sagrados misterios que hemos recibido, Señor, iluminen nuestra mente y renueven nuestro corazón, para que reconozcamos tu presencia con los ojos de la fe y recibamos a tu Hijo con la humildad y la alegría de los niños. Que el Espíritu Santo nos guíe por el camino de la sabiduría, la justicia y la paz, mientras esperamos la venida de nuestro Salvador.

Él, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

BENDICIÓN FINAL

Que el Señor, que prometió un Salvador por medio del profeta Isaías, ilumine vuestra mente con su sabiduría y llene vuestro corazón de su paz.

Que os conceda los ojos de la fe para reconocer su presencia, los oídos de los discípulos para escuchar su Palabra y la humildad de los niños para acoger su amor.

Y que Dios todopoderoso os bendiga, el Padre, el Hijo ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

¡Id con los ojos de la fe y el corazón de los niños, reconociendo a Cristo en cada momento!

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«La fe no solo nos ayuda a ver más; nos enseña a descubrir a Dios en todas las cosas».

MIÉRCOLES DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

Is 25,6–10a; Mt 15,29–37

«PON LO QUE TIENES EN SUS MANOS: EL DIOS DE LA ABUNDANCIA QUE ALIMENTA, SANA Y SACIA»

INTRODUCCIÓN

Un agricultor pobre llevó una vez una pequeña cesta de verduras a un vecino cuya familia estaba pasando por un momento difícil. El vecino miró la cesta y le dijo: «Tú mismo tienes muy poco. ¿Por qué regalas esto?». El agricultor sonrió y respondió: «Si espero hasta tener suficiente para compartir, quizá nunca comparta nada. Pero si hoy comparto lo que tengo, alguien tendrá lo suficiente para este día». La generosidad no comienza cuando tenemos mucho; comienza cuando estamos dispuestos a compartir lo que tenemos.

La liturgia de hoy nos invita a contemplar el corazón compasivo de Dios, que nunca abandona a su pueblo y provee abundantemente para sus necesidades.

En la primera lectura, Isaías anuncia la promesa de Dios de preparar un gran banquete para todas las naciones, donde enjugará toda lágrima, destruirá la muerte y llenará a su pueblo de una alegría duradera. La última palabra de Dios para la humanidad no es sufrimiento, sino abundancia, sanación y vida.

En el Evangelio, Jesús se conmueve de compasión por la multitud. Sana a los enfermos y alimenta a la gente hambrienta con siete panes y unos pocos peces, hasta que todos comen lo suficiente y todavía sobran siete canastos. En las manos de Jesús, lo que parece insuficiente se convierte en más que suficiente.

Estas lecturas nos recuerdan que el Adviento es un tiempo para confiar en el amor generoso de Dios y convertirnos en canales de esa generosidad. El Señor que nos alimenta en su mesa también nos invita a compartir nuestros dones, por pequeños que sean, con quienes tienen hambre de alimento, compasión, aliento y esperanza.

Al reunirnos alrededor de la mesa del Señor, examinemos si nuestro corazón está abierto a su generosidad y si estamos dispuestos a compartir lo que tenemos con los demás. Reconociendo nuestro egoísmo, nuestra indiferencia y nuestra falta de compasión, pidamos humildemente su misericordia.

ACTO PENITENCIAL CON INVOCACIONES DEL KYRIE

Hermanos y hermanas, Jesús mira nuestras necesidades con compasión y nunca rechaza a quienes acuden a él. Reconozcamos las veces en que no hemos reflejado su generosidad y su compasión en nuestra vida.

— Señor Jesús, tú sanas a los enfermos y das esperanza a quienes sufren. Perdónanos cuando permanecemos indiferentes ante el dolor y las necesidades de los demás. Señor, ten piedad.

— Cristo Jesús, alimentaste a la multitud hambrienta con lo poco que te ofrecieron. Perdona nuestro egoísmo y nuestra resistencia a compartir nuestros dones con quienes los necesitan. Cristo, ten piedad.

— Señor Jesús, nos alimentas en la mesa de tu Palabra y de la Eucaristía. Perdónanos cuando recibimos tus bendiciones sin convertirnos nosotros mismos en una bendición para los demás. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados, libere nuestro corazón del egoísmo y de la indiferencia, lo llene de su compasión y generosidad, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y misericordioso, fuente de todo bien, prometes a tu pueblo un banquete de alegría eterna y nos revelas tu compasión por medio de tu Hijo, que alimenta a los hambrientos y sana a quienes sufren. Aumenta nuestra confianza en tu providencia, enséñanos a poner generosamente nuestros dones en tus manos y haznos instrumentos de tu amor para quienes pasan necesidad.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un niño pequeño observaba una vez a su abuela mientras preparaba una comida para unos visitantes inesperados. Abrió el armario y descubrió que apenas había comida suficiente. Sin embargo, comenzó a cocinar. El niño le preguntó: «Abuela, ¿cómo vas a dar de comer a todos con tan poco?». Ella sonrió y respondió: «Cuando añadimos amor, siempre tenemos algo que compartir».

El Evangelio de hoy nos revela precisamente esta clase de generosidad, pero a una escala mucho mayor.

Jesús ve una gran multitud reunida a su alrededor. Le traen a sus enfermos, ciegos, cojos y personas que sufren. Jesús los sana. Pero también se da cuenta de otra cosa: tienen hambre.

Dice a sus discípulos: «Siento compasión de esta gente».

¡Qué hermosa expresión del corazón de Jesús! No ve simplemente una multitud; ve las necesidades de cada persona. Le importa tanto nuestro sufrimiento físico como nuestra hambre espiritual.

Los discípulos ven un problema: miles de personas hambrientas y solamente siete panes y unos pocos peces.

Pero Jesús ve una oportunidad para realizar un milagro. Pregunta: «¿Cuántos panes tienen?».

Toma lo que tienen, da gracias, parte el pan y lo distribuye. Todos comen hasta quedar satisfechos y todavía sobran siete canastos.

El milagro comienza cuando ponemos lo poco que tenemos en las manos de Jesús.

Una enfermera dijo una vez que, a veces, la mejor medicina que podía ofrecer a un paciente era simplemente sentarse junto a su cama y tomarle la mano. No podía curar todas las enfermedades, pero sí podía hacer que alguien se sintiera menos solo.

Quizá eso es lo que Jesús nos pide hoy. Tal vez no tengamos grandes riquezas, talentos extraordinarios ni recursos ilimitados. Pero podemos ofrecer un poco de nuestro tiempo, un oído atento, una palabra amable, un corazón dispuesto a perdonar o una mano que ayude.

Aquí encontramos también un mensaje eucarístico. Jesús toma el pan, da gracias, lo parte y lo entrega a la gente. En cada Misa nos alimenta con el Pan de Vida. Pero debemos recordar esto: Cristo nos alimenta para que nosotros podamos alimentar a los demás.

Isaías promete un gran banquete en el que Dios enjugará toda lágrima. Cada acto de compasión es un anticipo de ese banquete celestial.

La Madre Teresa nos recordó una vez que no necesitamos mirar a todo el mundo para comenzar a amar; podemos empezar por la persona que está delante de nosotros.

Queridos amigos, Jesús no nos pregunta cuánto poseemos. Nos pregunta qué estamos dispuestos a poner en sus manos.

Dale lo que tienes y deja que él lo convierta en una bendición para los demás.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Hermanos y hermanas, nuestro Dios es generoso y compasivo. Alimenta a los hambrientos, sana a quienes sufren y promete un banquete de vida eterna. Confiando en su bondad, presentémosle nuestras súplicas.

Señor, llénanos de tu compasión y generosidad.

1. Por la Iglesia: para que, alimentada por la Palabra de Dios y la Eucaristía, sea una madre generosa para los pobres, los hambrientos, los enfermos y todos los que buscan esperanza. Roguemos al Señor.

2. Por los gobernantes de las naciones: para que trabajen sinceramente por superar el hambre, la pobreza y la injusticia, procurando que los recursos de la tierra se compartan equitativamente y que nadie carezca de lo necesario para vivir. Roguemos al Señor.

3. Por quienes pasan hambre, no tienen hogar, están desempleados o carecen de las necesidades básicas: para que experimenten la compasión de Cristo por medio de la generosidad de las personas, las familias y las

comunidades que comparten con ellos sus bendiciones. Roguemos al Señor.

4. Por nuestras familias y comunidades: para que nunca menospreciemos el valor de los pequeños gestos de bondad, sino que ofrezcamos de buena gana nuestro tiempo, nuestros talentos y nuestros recursos para llevar consuelo, aliento y esperanza a quienes lo necesitan. Roguemos al Señor.

5. Por los enfermos y los difuntos: para que los enfermos experimenten el toque sanador de Jesús y encuentren fortaleza en medio de su sufrimiento, y nuestros hermanos y hermanas difuntos sean recibidos en el banquete eterno del Reino de Dios, donde toda lágrima será enjugada. Roguemos al Señor.

Padre celestial, tú conoces las necesidades de tus hijos y provees abundantemente para todos los que confían en ti. Escucha nuestras oraciones, aumenta nuestra generosidad y haznos instrumentos de tu compasión y de tu amor. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos y hermanas, Jesús tomó lo poco que le ofrecieron, dio gracias y lo transformó en una bendición abundante. Pongamos ahora nuestros dones y nuestra vida sobre el altar, pidiéndole que los haga fecundos para el bien de los demás. Oren, hermanos, para que este sacrificio, mío y de ustedes, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Acepta, Señor, estos dones que ponemos ante ti. Así como tu Hijo tomó el pan, dio gracias y lo compartió con la multitud hambrienta, haz que esta ofrenda sea para nosotros fuente de alimento espiritual y de amor generoso. Enséñanos a compartir las bendiciones que recibimos y a convertirnos en pan para quienes tienen hambre de tu compasión.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

Porque has prometido preparar un banquete para todos los pueblos, donde cesará el sufrimiento, se enjugarán las lágrimas y la muerte será destruida para siempre. En tu Hijo Jesucristo nos has revelado la abundancia de tu compasión: él sana a los enfermos, alimenta a los hambrientos y se ofrece a sí mismo como Pan de Vida.

Por medio de él nos alimentas en la mesa de la Eucaristía y nos enseñas a compartir generosamente lo que hemos recibido. Mientras esperamos el cumplimiento de tu promesa celestial, nos alegramos con la esperanza del banquete eterno, donde todos tus hijos se reunirán en tu presencia.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles, con los tronos y las dominaciones, y con todos los coros y potestades del cielo, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Jesús nos enseña a confiar en la providencia del Padre, que conoce nuestras necesidades y nos da el pan de cada día. Con un corazón agradecido y confiado, oremos como él mismo nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te rogamos, de todos los males y concédenos bondadosamente la paz en nuestros días. Libera nuestro corazón del egoísmo y de la indiferencia, y ayúdanos a confiar en tu providencia abundante. Que nunca guardemos tus dones solo para nosotros, sino que compartamos generosamente con los demás las bendiciones que hemos recibido, convirtiéndonos en instrumentos de tu compasión y de tu amor, mientras esperamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, miraste con compasión a la multitud hambrienta y saciaste sus necesidades con la abundancia de tu amor. No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele bondadosamente la paz y la unidad conforme a tu voluntad. Quita de nuestro corazón toda forma de egoísmo, indiferencia y división, y enséñanos a compartir generosamente con quienes tienen hambre de alimento, dignidad, amor y esperanza.

Que nuestra vida se convierta en instrumento de tu compasión, llevando consuelo a quienes sufren y paz a un mundo que anhela tu presencia sanadora.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Contemplemos a Jesús, el Pan de Vida, que alimentó a la multitud hambrienta y prometió un banquete de alegría eterna. Ahora se ofrece a sí mismo para alimentar nuestra alma y llenar nuestro corazón de su amor. Acerquémonos a él con gratitud y fe. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, nos has alimentado con el Pan de Vida.

Tú conoces nuestra hambre, nuestras heridas, nuestras luchas y nuestras necesidades más profundas.

Gracias por alimentarnos con tu amor y tu compasión.

Toma todo lo poco que tenemos: nuestro tiempo, nuestros talentos, nuestra bondad y nuestra generosidad.

Multiplica estos dones con tu gracia, para que otros puedan experimentar tu bondad a través de nosotros.

Que nunca nos alejemos de tu mesa sin convertirnos en pan para alguien que tiene hambre de amor, aliento y esperanza.

Señor, toma lo que tengo y conviértelo en una bendición para los demás.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que los sagrados misterios que hemos recibido, Señor, nos alimenten con tu gracia y nos fortalezcan en tu amor. Así como nos has alimentado en tu mesa, haznos generosos para compartir nuestras bendiciones con quienes tienen hambre y sufren, para que muchas personas puedan experimentar, a través de nuestra vida, la abundancia de tu compasión. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN FINAL

Que el Señor, que alimenta a su pueblo con abundante bondad, llene vuestro corazón de su compasión y fortalezca vuestra confianza en su providencia.
Que bendiga lo poco que ofrecéis, multiplique vuestros gestos de bondad y os convierta en fuente de alimento, consuelo y esperanza para quienes pasan necesidad.

Y que Dios todopoderoso os bendiga, el Padre, el Hijo ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

¡Id, alimentados por Cristo, y convertíos en pan para un mundo hambriento!

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Lo que es poco en nuestras manos puede convertirse en abundancia en las manos de Jesús».

JUEVES DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

Is 26,1–6; Mt 7,21.24–27

«CONSTRUYE TU VIDA SOBRE LA ROCA: ESCUCHAR LA PALABRA DE DIOS Y PONERLA EN PRÁCTICA»

INTRODUCCIÓN

El capitán de un barco observó una vez que su brújula señalaba una dirección equivocada. Aunque el mar estaba tranquilo y el tiempo era agradable, corrigió inmediatamente su posición. Alguien le preguntó: «¿Por qué preocuparse por la dirección cuando todo marcha bien?». El capitán respondió: «Porque el momento de corregir el rumbo es antes de que llegue la tormenta, no durante ella».

Un viaje seguro no depende de que el mar esté tranquilo, sino de la fiabilidad de la dirección que seguimos.

Queridos hermanos y hermanas, mientras continuamos nuestro camino de Adviento, la liturgia de hoy nos invita a examinar los cimientos sobre los que estamos construyendo nuestra vida.

En la primera lectura, Isaías proclama que Dios es una Roca eterna, un refugio seguro para quienes confían en él. La ciudad fuerte de la salvación pertenece a aquellos cuyo corazón permanece firme en Dios. Quienes confían en el Señor encuentran una seguridad que el mundo no puede ofrecer.

En el Evangelio, Jesús presenta la imagen de dos constructores: uno edifica su casa sobre roca y el otro sobre arena. Ambos escuchan sus palabras, pero solamente quien las pone en práctica construye unos cimientos capaces de resistir las tormentas. No basta con escuchar la Palabra de Dios; debemos permitir que dé forma a nuestra manera de vivir.

Estas lecturas nos recuerdan que el Adviento es un tiempo para fortalecer los cimientos de nuestra fe. Mientras nos preparamos para recibir a Cristo, debemos preguntarnos si

su Palabra guía verdaderamente nuestras decisiones, nuestras relaciones y nuestras acciones.

Examinemos, por tanto, nuestra vida. ¿La hemos construido sobre los cimientos duraderos de la Palabra de Dios, o hemos permitido que la comodidad, el orgullo y los valores mundanos se conviertan en nuestros cimientos? Reconociendo nuestras faltas al no vivir aquello que profesamos, busquemos humildemente la misericordia del Señor.

ACTO PENITENCIAL CON INVOCACIONES DEL KYRIE

Hermanos y hermanas, Jesús nos llama no solamente a escuchar su Palabra, sino también a ponerla en práctica. Reconozcamos las ocasiones en que nuestra vida no ha reflejado el Evangelio y pidamos humildemente su perdón.

— Señor Jesús, tú eres la Roca eterna y el fundamento seguro de nuestra vida. Perdónanos cuando ponemos nuestra confianza en cosas pasajeras en lugar de confiar en ti. Señor, ten piedad.

— Cristo Jesús, nos enseñas a escuchar tu Palabra y ponerla en práctica. Perdónanos cuando nuestras acciones contradicen la fe que profesamos. Cristo, ten piedad.

— Señor Jesús, fortaleces a quienes permanecen fieles en medio de las tormentas de la vida. Perdónanos cuando las dificultades debilitan nuestra confianza y nos alejan de tus caminos. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados, fortalezca nuestra fe, afiance nuestra vida sobre los sólidos cimientos de su Palabra y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Despierta tu poder, Señor, te rogamos, y ven en nuestra ayuda, para que nuestra vida, firmemente fundada en tu Palabra, permanezca firme en medio de todas las pruebas. Concédenos la gracia no solo de escuchar las enseñanzas de tu Hijo, sino también de ponerlas en práctica mediante una vida de fe, obediencia y amor. Que

preparemos nuestro corazón para recibirlo con una confianza inquebrantable.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un joven músico preguntó una vez a su maestro: «¿Qué hace grande a un pianista?». El maestro respondió: «No es lo bien que tocas cuando todos te escuchan, sino la fidelidad con que practicas cuando nadie te está mirando».

Esa es también la diferencia entre un cristiano auténtico y alguien que simplemente parece religioso.

En el Evangelio de hoy, Jesús habla de dos constructores. Uno edifica su casa sobre roca y el otro sobre arena. Ambos escuchan sus palabras, pero solamente uno las pone en práctica.

Jesús establece una distinción muy importante:

Escuchar no es lo mismo que vivir.

Podemos asistir a Misa, escuchar hermosas homilías, recitar oraciones y llamar a Jesús nuestro Señor. Pero ¿influye su Palabra en la manera en que tratamos a nuestras familias? ¿Nos hace más capaces de perdonar, más honestos, pacientes y compasivos?

La verdadera prueba de la fe no está en lo que profesamos con los labios, sino en lo que practicamos con nuestra vida.

La primera lectura nos ofrece una hermosa descripción de Dios: «Él es la Roca eterna». Las promesas humanas pueden fallar, la seguridad que ofrece el mundo puede desaparecer y las circunstancias pueden cambiar. Pero Dios permanece fiel.

Un árbol con raíces profundas puede resistir los vientos fuertes porque su fortaleza está bajo tierra, donde nadie puede verla.

Nuestra vida cristiana debe tener esas raíces profundas: la oración, la confianza, el perdón, la honestidad y la obediencia a la Palabra de Dios.

Jesús no promete que nuestra vida estará libre de tormentas. Pueden llegar la enfermedad, la pérdida de un ser querido, los problemas familiares, las decepciones y la incertidumbre. Pero, cuando Cristo es nuestro fundamento, esas tormentas no tienen por qué destruirnos.

Una madre dijo una vez a sus hijos: «Tal vez no siempre comprendáis por qué os pido que hagáis algo, pero podéis confiar en que quiero lo mejor para vosotros».

María vivió esta clase de fe. Cuando el ángel le anunció el plan de Dios, no lo comprendió todo, pero se entregó completamente: «Hágase en mí según tu palabra». Escuchó, confió y actuó. Esa es la fe de Adviento que necesitamos.

Queridos amigos, no esperemos a que lleguen las dificultades para fortalecer nuestra relación con Dios. Recemos hoy. Perdonemos hoy. Reconciliémonos hoy. Pongamos hoy en práctica el Evangelio.

Cada pequeño acto de fidelidad fortalece nuestros cimientos. Cristo es nuestra Roca, pero nosotros debemos elegir construir sobre él.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Hermanos y hermanas, Dios es nuestra Roca eterna y el fundamento seguro de nuestra vida. Confiando en su fidelidad, presentémosle nuestras súplicas y pidámosle la gracia de escuchar su Palabra y ponerla en práctica.

Respuesta: Señor, sé el fundamento de nuestra vida.

1. Por la Iglesia: para que anuncie fielmente la Palabra de Dios e inspire a todos los creyentes a construir su vida sobre las enseñanzas de Cristo mediante un amor auténtico, el servicio y la obediencia. Roguemos al Señor.

2. Por los gobernantes de las naciones: para que fundamenten sus decisiones en la justicia, la verdad y la paz, y trabajen por el bien común en lugar de buscar el poder personal y los intereses mundanos. Roguemos al Señor.

3. Por quienes atraviesan las tormentas de la vida a causa de enfermedades, pérdidas de seres queridos, dificultades familiares o incertidumbre: para que encuentren fortaleza en Dios, la Roca eterna, y permanezcan firmes en la fe y en la esperanza. Roguemos al Señor.

4. Por nuestras familias y comunidades: para que no nos limitemos a escuchar la Palabra de Dios, sino que la pongamos en práctica mediante el perdón, la paciencia, la honestidad, la reconciliación y el amor generoso. Roguemos al Señor.

5. Por los enfermos y los difuntos: para que los enfermos reciban salud, consuelo y fortaleza por medio de la presencia amorosa de Cristo, y nuestros hermanos y hermanas difuntos, cuyas vidas estuvieron fundadas en las promesas de Dios, gocen de la seguridad y de la paz eternas de su Reino celestial. Roguemos al Señor.

Padre celestial, tú eres la Roca eterna en quien ponemos nuestra confianza. Escucha nuestras oraciones, fortalece nuestra fe y ayúdanos a construir nuestra vida firmemente sobre la Palabra de tu Hijo, para que permanezcamos fieles en medio de todas las tormentas.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos y hermanas, al preparar nuestros dones para el altar, ofrezcamos no solo el pan y el vino, sino también nuestra vida, nuestras decisiones y nuestro compromiso de vivir la Palabra de Dios. Que el Señor afiance todo lo que ofrecemos sobre los cimientos duraderos de su amor. Oremos para que mi sacrificio y el de ustedes sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Acepta, Señor, los dones que humildemente te ofrecemos. Que este sacrificio sagrado fortalezca nuestra fe, afiance nuestro corazón en tu Palabra y nos conceda la gracia de poner en práctica lo que tu Hijo nos ha enseñado. Mientras esperamos su venida, haz de nuestra vida un testimonio duradero de tu verdad y de tu amor.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

Porque tú eres la Roca eterna, el fundamento seguro de todos los que ponen su confianza en ti. Por medio de los profetas preparaste a tu pueblo para recibir al Salvador prometido y, llegada la plenitud de los tiempos, enviaste a tu Hijo para enseñarnos el camino de la vida.

Él nos llama no solo a escuchar su Palabra, sino también a construir nuestra vida sobre ella mediante la fe, la obediencia y el amor. Por medio de él nos fortaleces frente a las tormentas de la vida y nos conduces hacia la morada eterna preparada para quienes permanecen fieles.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles, con los tronos y las dominaciones, y con todos los coros y potestades del cielo, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Jesús nos enseña a construir nuestra vida sobre la voluntad amorosa del Padre. Con la confianza de los hijos que creen en su providencia y permanecen firmes en su amor, oremos:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te rogamos, de todos los males y concédenos bondadosamente la paz en nuestros días. Libera nuestro corazón del egoísmo y de la indiferencia, y ayúdanos a confiar en tu providencia abundante. Que nunca guardemos tus dones solo para nosotros, sino que compartamos generosamente con los demás las bendiciones que hemos recibido, convirtiéndonos en instrumentos de tu compasión y de tu amor, mientras esperamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú eres la Roca eterna y el fundamento seguro de todos los que confían en ti. Nos enseñas a escuchar tu Palabra y ponerla en práctica mediante una vida de fe, perdón y amor. No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele bondadosamente la paz y la unidad conforme a tu voluntad. Fortalece los cimientos de nuestras familias y comunidades, elimina las divisiones que debilitan nuestras relaciones y enséñanos a ser constructores de reconciliación y de paz. Que nuestra vida permanezca firmemente arraigada en tu amor, incluso en medio de las tormentas de este mundo.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Contemplemos a Jesucristo, la Roca eterna y el fundamento de nuestra salvación. Él nos invita a recibirlo para que su presencia fortalezca nuestra vida y su Palabra afiance firmemente nuestro corazón. Acerquémonos a él con fe y confianza.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, tú eres la Roca sobre la que queremos construir nuestra vida. Conoces las tormentas que afrontamos, las incertidumbres que llevamos dentro y nuestras debilidades.

Fortalece nuestra fe cuando seamos puestos a prueba.

Enséñanos a escuchar tu Palabra y ponerla en práctica.

Danos valentía para perdonar, paciencia para perseverar, honestidad para decir la verdad y generosidad para amar.

Que nuestra vida esté profundamente arraigada en ti, para que ninguna tormenta pueda separarnos de tu amor.

Señor, sé hoy y siempre el fundamento de mi vida.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que los santos misterios que hemos recibido, Señor, nos fortalezcan en la fe y afiancen nuestro corazón sobre la Palabra de tu Hijo. Concédenos que, por medio de nuestras acciones cotidianas, demos testimonio del Evangelio y permanezcamos firmes en tu amor en medio de todas las pruebas, mientras esperamos con alegría la venida de nuestro Salvador.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN FINAL

Que el Señor, que es la Roca eterna, afiance vuestra vida firmemente en su amor.
Que fortalezca vuestra fe en los momentos difíciles, guíe vuestras decisiones por medio de su Palabra y os dé la valentía de poner en práctica sus enseñanzas.
Que vuestros hogares sean lugares de oración, perdón y paz, y que vuestra vida permanezca firme en medio de todas las tormentas.

Y que Dios todopoderoso os bendiga, el Padre, el Hijo ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

¡Id, construid vuestra vida sobre Cristo y poned en práctica su Palabra!

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«No te limites a escuchar la Palabra de Dios; construye tu vida sobre

VIERNES DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

Is 29, 17-24; Mt 9, 27-31

«Señor, abre nuestros ojos: una fe que ve más allá de la oscuridad y confía en Cristo»

INTRODUCCIÓN

Un farero observó una vez que un pequeño barco pesquero luchaba contra la oscuridad. Inmediatamente encendió la luz del faro. Los pescadores no podían ver el puerto, pero sí podían ver la luz. Siguiéndola, llegaron sanos y salvos a la orilla. Más tarde, uno de los pescadores comentó: «La luz no acercó la orilla, pero nos mostró el camino para llegar hasta ella». La fe no siempre elimina la oscuridad que nos rodea; nos da la luz que necesitamos para seguir adelante. Queridos hermanos y hermanas, mientras continuamos nuestro camino de Adviento, la liturgia de hoy nos invita a abrir los ojos del corazón y a reconocer a Cristo como la Luz que nos guía en medio de las incertidumbres de la vida.

En la primera lectura, Isaías anuncia un tiempo de salvación en el que los ciegos verán, los sordos oirán, los humildes se alegrarán y los pobres exultarán en el Santo de Israel. Dios promete transformar la debilidad humana en una ocasión para manifestar su gloria.

En el Evangelio, dos ciegos siguen a Jesús y le suplican que tenga misericordia de ellos. Jesús les pregunta: «¿Creen que puedo hacer esto?». Su respuesta confiada, «Sí, Señor», se convierte en la puerta que conduce a su curación. Su ceguera física no les impide reconocer a Jesús con los ojos de la fe.

Estas lecturas nos recuerdan que el Adviento es un camino que nos lleva de la oscuridad a la luz. Puede que no siempre comprendamos nuestras circunstancias, pero podemos permanecer cerca de Cristo mediante la oración, la perseverancia y la confianza. Él nos invita no solo a pedir la curación de nuestras necesidades físicas, sino también a superar la ceguera espiritual que nos impide reconocer su presencia y ver las necesidades de los demás.

Preguntémonos, por tanto, si realmente vemos a Dios actuando en nuestra vida y si miramos a los demás con los ojos compasivos de Cristo. Reconociendo nuestra ceguera espiritual, nuestras dudas y nuestra falta de perseverancia, busquemos humildemente su misericordia.

ACTO PENITENCIAL CON INVOCACIONES DEL KYRIE

Hermanos y hermanas, Jesús es la Luz que abre los ojos de los ciegos y nos conduce de la oscuridad a la esperanza. Reconozcamos los momentos en que no hemos sabido reconocer su presencia, confiar en su Palabra y mirar a los demás con compasión.

— Señor Jesús, tú eres la Luz del mundo que abre los ojos de los ciegos. Perdónanos cuando no sabemos reconocer tu presencia en nuestra vida. Señor, ten piedad.

— Cristo Jesús, tú respondes a quienes se acercan a ti con una fe perseverante. Perdona nuestras dudas, nuestro desaliento y nuestra falta de confianza en tu poder sanador. Cristo, ten piedad.

— Señor Jesús, tú nos enseñas a mirar a los demás con compasión y amor. Perdónanos cuando permanecemos ciegos ante el sufrimiento, la soledad y las necesidades de quienes nos rodean. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados, abra los ojos de nuestro corazón, fortalezca nuestra fe y nuestra perseverancia, nos conduzca de la oscuridad a su luz admirable y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y misericordioso, por medio de los profetas prometiste que los ojos de los ciegos verían y que los humildes se alegrarían en tu presencia. Abre los ojos de nuestro corazón para reconocer a tu Hijo, fortalece nuestra fe cuando caminamos en medio de la oscuridad y enséñanos a perseverar en la oración con una confianza firme. Que Cristo, Luz del mundo, guíe nuestros pasos y nos prepare para recibirlo con un corazón renovado por su gracia.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una niña pequeña se asustó una vez durante un apagón. Su padre encendió una pequeña vela y la puso sobre la mesa. Ella la miró y le preguntó: «Papá, ¿esta pequeña vela es lo bastante fuerte para luchar contra toda la oscuridad?».

Su padre sonrió y le dijo: «No tiene que luchar contra toda la oscuridad. Solo tiene que iluminar el lugar donde estamos».

A veces, una pequeña luz basta para darnos esperanza.

En el Evangelio de hoy, dos ciegos siguen a Jesús gritando: «¡Ten compasión de nosotros, Hijo de David!». No pueden ver a Jesús con sus ojos físicos, pero lo reconocen con los ojos de la fe.

Jesús les hace una pregunta profunda: «¿Creen que puedo hacer esto?».

Ellos responden sencillamente: «Sí, Señor». Y Jesús les toca los ojos y les dice: «Que se haga en ustedes conforme a su fe». Sus ojos se abren.

Fijémonos en que Jesús no les pregunta primero cuánto saben, cuán fuertes son o cuánto comprenden. Les pregunta si creen. Este es el corazón del Evangelio de hoy. La fe consiste en confiar en Jesús incluso cuando no podemos ver con claridad.

Un agricultor siguió sembrando semillas a pesar de una sequía prolongada. Su vecino le preguntó: «¿Por qué siembras si no llueve?». Él respondió: «Porque todavía creo que la lluvia llegará».

Eso es perseverancia. Los dos ciegos nos enseñan a no rendirnos cuando parece que nuestras oraciones no reciben respuesta.

A veces experimentamos enfermedades, decepciones, soledad o incertidumbre. Oramos, pero la situación no

cambia inmediatamente. Sin embargo, el aparente silencio de Dios no significa que esté ausente.

La primera lectura nos ofrece una hermosa promesa: los ojos de los ciegos verán, los sordos oirán y los humildes se alegrarán en el Señor.

Pero hay otra clase de ceguera que debemos superar: la ceguera espiritual. Podemos no reconocer las bendiciones de Dios, pasar por alto el sufrimiento de otra persona o negarnos a ver lo bueno en alguien que nos ha hecho daño.

El Adviento nos invita a pedir a Jesús que abra no solo nuestros ojos físicos, sino también los ojos de nuestro corazón.

Una madre le dijo una vez a su hijo: «Tienes dos ojos para ver el mundo, pero necesitas un corazón para comprenderlo».

Queridos amigos, Jesús nos pregunta hoy a cada uno de nosotros: «¿Crees que puedo hacer esto?».

Cualquiera que sea la oscuridad que estés atravesando, respóndele con confianza: «Sí, Señor, creo».

Porque los ojos de la fe siempre descubrirán una luz que la oscuridad no puede vencer.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Hermanos y hermanas, Jesús es la Luz que abre los ojos de los ciegos, fortalece a los débiles y da esperanza a quienes caminan en la oscuridad. Con la fe y la perseverancia de los dos ciegos, presentemos nuestras oraciones ante él.

Respuesta: Señor, abre nuestros ojos y fortalece nuestra fe.

1. Por la Iglesia: para que proclame fielmente a Cristo, Luz del mundo, y ayude a todas las personas a reconocer la presencia de Dios mediante una vida de compasión, esperanza y servicio lleno de amor. Roguemos al Señor.

2. Por los gobernantes de las naciones: para que tengan la sabiduría de reconocer el sufrimiento de los pobres y

marginados, trabajen por la justicia y la paz, y procuren que nadie sea olvidado ni privado de su dignidad humana. Roguemos al Señor.

3. Por quienes sufren ceguera física, discapacidad, dolor emocional u oscuridad espiritual: para que encuentren fuerza en Cristo, reciban el apoyo que necesitan y descubran la esperanza mediante la compasión de los demás. Roguemos al Señor.

4. Por nuestras familias y comunidades: para que el Señor abra nuestros ojos y podamos reconocer sus bendiciones, nos haga sensibles al sufrimiento de los demás y nos conceda perseverar fielmente en la oración, incluso cuando nuestras dificultades parecen no tener solución. Roguemos al Señor.

5. Por los enfermos y los difuntos: para que los enfermos experimenten el toque sanador de Cristo y encuentren fuerza en su presencia amorosa, y para que nuestros hermanos y hermanas difuntos entren en la luz eterna del Reino de Dios, donde desaparece toda oscuridad. Roguemos al Señor.

Padre celestial, tú eres la fuente de toda luz y esperanza. Escucha las oraciones que te presentamos con fe, abre los ojos de nuestro corazón y fortalécenos para seguir a tu Hijo con perseverancia y confianza. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos y hermanas, como los dos ciegos que se acercaron a Jesús con fe y confianza, pongamos ahora nuestros dones y nuestra vida ante el Señor. Que esta ofrenda profundice nuestra confianza en su presencia sanadora e ilumine nuestro corazón para reconocer su amor. Oremos para que mi sacrificio y el de ustedes sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Acepta, Señor, estos dones que humildemente presentamos ante ti. Al ofrecerlos con fe, ilumina los ojos de nuestro corazón, fortalece nuestra confianza en tu

misericordia y prepáranos para recibir a Cristo, Luz del mundo. Que esta ofrenda sagrada nos transforme en testigos de tu amor sanador y de tu esperanza. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, nuestro Señor.

Porque por medio de tus profetas prometiste que los ojos de los ciegos verían, los sordos oirían y los humildes se alegrarían con tu salvación. En la plenitud de los tiempos enviaste a tu Hijo como Luz del mundo; él abrió los ojos de los ciegos, devolvió la esperanza a quienes sufrían y manifestó el poder de la fe a todos los que acudían a él.

Por medio de él nos llamas a salir de las tinieblas para entrar en la luz de tu verdad y nos enseñas a perseverar en la oración, confiando en tu misericordia. Mientras esperamos su venida, llena nuestro corazón con la luz de la fe, para que reconozcamos su presencia y caminemos fielmente hacia el Reino eterno.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles, con los tronos y dominaciones, y con todos los coros y potestades del cielo, cantamos sin cesar el himno de tu gloria:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Jesús nos invita a acercarnos al Padre con la fe confiada de los hijos que saben que son amados. Iluminados por Cristo y fortalecidos por su Espíritu, oremos:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y concédenos la paz en nuestros días. Líbranos de la oscuridad de la duda, del miedo y del desaliento. Abre los ojos de nuestro corazón para reconocer tu presencia, fortalece nuestra fe cuando parece que nuestras oraciones no reciben respuesta y ayúdanos a perseverar en la confianza en tu poder sanador, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú eres la Luz que abre los ojos de los ciegos y conduce a tu pueblo de la oscuridad a la esperanza. Alabaste la fe perseverante de quienes confiaron en tu poder sanador. No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele generosamente la paz y la unidad conforme a tu voluntad. Abre nuestros ojos al sufrimiento de los demás, elimina la ceguera de los prejuicios, del odio y de la indiferencia, y ayúdanos a reconocernos unos a otros como hermanos y hermanas. Que tu luz brille en nuestras familias, comunidades y naciones, llevando reconciliación, sanación y una paz duradera. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es Jesucristo, la Luz del mundo, que abre los ojos de los ciegos y fortalece a todos los que ponen su confianza en él. Acerquémonos a él con la fe de los dos ciegos, creyendo que su presencia puede sanar nuestra alma e iluminar nuestra vida. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

BREVE MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, tú eres mi Luz y mi ayuda.

Tú conoces la oscuridad que a veces experimento, los miedos que llevo dentro y las incertidumbres que no puedo comprender.

Abre mis ojos para reconocer tu presencia.

Abre mi corazón para ver la bondad de los demás.

Dame valor para perseverar en la oración cuando las respuestas tardan en llegar.

Cuando no pueda ver el camino que tengo por delante, ayúdame a permanecer unido a ti.

Que tu luz guíe mis pasos y tu amor fortalezca mi fe.

Señor, no puedo verlo todo, pero creo. Tú eres mi Luz y mi ayuda.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que los santos misterios que hemos recibido, Señor, iluminen nuestra mente y fortalezcan nuestro corazón, para que caminemos en la luz de la fe, perseveremos en la oración y reconozcamos tu presencia en todas las circunstancias de la vida.

Mientras esperamos la venida de tu Hijo, haz de nosotros testigos de su amor sanador e instrumentos de su esperanza para todas las personas que encontremos. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN FINAL

Que el Señor, que abre los ojos de los ciegos y lleva la luz a quienes caminan en la oscuridad, ilumine sus corazones con su sabiduría y los fortalezca con su gracia.

Que les conceda una fe perseverante en los momentos difíciles, esperanza cuando el camino que tienen por delante parezca incierto y compasión para reconocer las necesidades de quienes los rodean.

Que Cristo, su Luz y su ayuda, los guíe con seguridad durante todo su camino de Adviento.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en la luz de Cristo y no dejen nunca de confiar en él.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«La fe no necesita ver todo el camino; solo necesita confiar en Aquel que nos guía».

SÁBADO DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

Is 30, 19-21. 23-26; Mt 9, 35–10, 1. 5a. 6-8

«Lo que han recibido gratis, denlo gratis: seamos instrumentos de la compasión de Cristo»

INTRODUCCIÓN

Un joven observó una vez que un vecino anciano tenía dificultades para llevar dos bolsas pesadas de la compra. Inmediatamente se ofreció a ayudarlo. Cuando el vecino le dio las gracias y le preguntó cuánto le debía, el joven sonrió y respondió: «Nada. Ayer alguien ayudó a mi abuela. Hoy, simplemente estoy transmitiendo esa bondad». Los mejores regalos no se devuelven; se comparten con otros.

Queridos hermanos y hermanas, al concluir la primera semana de Adviento, la liturgia de hoy nos invita a contemplar el corazón compasivo de Dios y nuestra responsabilidad de compartir esa compasión con los demás.

En la primera lectura, Isaías asegura al pueblo de Dios que el Señor escucha sus clamores, guía sus pasos, provee a sus necesidades y venda sus heridas. Dios nunca abandona a su pueblo; permanece como su sanador, su guía y su fuente de esperanza.

En el Evangelio, Jesús mira a la multitud con compasión, porque estaban fatigados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor. Cura sus enfermedades, proclama la Buena Noticia y envía a sus discípulos a continuar su misión, recordándoles: «Gratis lo recibieron; denlo gratis».

Estas lecturas nos revelan el corazón de nuestra misión de Adviento: no estamos simplemente esperando la venida de Cristo; estamos llamados a hacer visible su compasión en el mundo. Habiendo recibido gratuitamente su amor, su perdón y su curación, debemos compartirlos gratuitamente con quienes están solos, heridos, desanimados y olvidados.

Al celebrar esta Eucaristía, examinemos si nuestro corazón refleja la generosidad de Cristo. ¿Hemos sido

compasivos con quienes sufren? ¿Hemos compartido nuestros dones sin esperar nada a cambio? ¿Nos hemos puesto a disposición de quienes nos necesitan? Reconociendo nuestros fallos en el amor y el servicio, busquemos humildemente la misericordia del Señor.

ACTO PENITENCIAL CON INVOCACIONES DEL KYRIE

Hermanos y hermanas, Jesús mira a su pueblo con compasión y envía a sus discípulos para llevar curación y esperanza. Reconozcamos los momentos en que no hemos reflejado su compasión y generosidad en nuestra vida.

— Señor Jesús, tú eres el Buen Pastor que nunca abandona a tu pueblo herido y sufriente. Perdónanos cuando permanecemos indiferentes ante las necesidades de los demás. Señor, ten piedad.

— Cristo Jesús, tú nos das gratuitamente tu amor, tu perdón y tu curación. Perdona nuestro egoísmo y nuestra falta de voluntad para compartir los dones que hemos recibido. Cristo, ten piedad.

— Señor Jesús, tú nos envías a anunciar tu Reino mediante una vida de servicio y compasión. Perdónanos cuando no respondemos generosamente a tu llamada. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados, sane nuestros corazones heridos, nos llene de su compasión y generosidad, y nos convierta en instrumentos fieles de su amor. Y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Padre todopoderoso y misericordioso, tú nunca abandonas a tu pueblo, sino que escuchas sus clamores, sanas sus heridas y guías sus pasos. Llena nuestro corazón con la compasión de tu Hijo, que vino a buscar a los perdidos, sanar a los que sufren y anunciar la Buena Noticia. Puesto que hemos recibido gratuitamente tu amor y tu misericordia, ayúdanos a compartir generosamente estos dones con todas las personas que encontremos y a ser trabajadores fieles en tu mies.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un joven voluntario visitó una vez una residencia para personas mayores. Allí vio a un hombre sentado solo, mirando por la ventana. El voluntario se sentó a su lado y le preguntó: «¿Le gustaría conversar?». El anciano respondió: «No, solo quería que alguien se sentara conmigo». A veces, el mayor acto de amor consiste simplemente en estar disponibles.

El Evangelio de hoy nos revela el corazón compasivo de Jesús. Mateo nos dice que, al ver a la multitud, Jesús sintió compasión de ella, porque estaba fatigada y abatida, como ovejas que no tienen pastor.

Jesús no vio una multitud sin rostro. Vio personas concretas con heridas, preocupaciones, enfermedades y esperanzas rotas. Les enseñó, los curó y les anunció la Buena Noticia.

Entonces dijo a sus discípulos: «Rueguen al dueño de la mies que envíe trabajadores a su mies». Y los envió para que continuaran su misión.

Aquí encontramos una enseñanza importante: Jesús quiere llegar a las personas por medio de nosotros.

Una persona sola quizá necesite nuestra compañía. Una persona que está de duelo quizá necesite nuestra presencia. Una persona desanimada quizá necesite palabras de aliento. Una persona enferma quizá necesite nuestra oración y ayuda concreta.

A menudo rezamos: «Ven, Señor Jesús», pero tal vez Jesús está esperando llegar a alguien por medio de nuestra bondad.

La primera lectura nos asegura: «El Señor vendará las heridas de su pueblo». El salmo nos recuerda que él sana los corazones destrozados.

Pero el Evangelio de hoy también nos presenta un desafío: «Gratis lo recibieron; denlo gratis».

En definitiva, todo lo que tenemos es un don de Dios: nuestra vida, nuestra fe, nuestros talentos, el perdón que recibimos y, sobre todo, su Hijo.

No nos hemos ganado el amor de Dios. Lo hemos recibido gratuitamente. Por eso, no debemos hacer que los demás tengan que ganarse nuestra bondad.

Una maestra dijo una vez a sus alumnos: «No pueden ofrecer a todos un regalo hermoso, pero sí pueden tratar a todos con un poco de respeto». Un alumno respondió: «¡Y eso no cuesta nada!».

¡Qué verdad tan grande! Una sonrisa, un oído atento, una visita, una palabra de aliento o una oración sincera pueden convertirse en un regalo extraordinario.

Queridos amigos, el Adviento no consiste simplemente en preparar nuestras casas para la Navidad; consiste en preparar nuestro corazón para que se convierta en morada de la compasión de Cristo.

Quizá alguien que está cerca de nosotros esté esperando un pequeño gesto de bondad. Quizá nosotros seamos los trabajadores a quienes Jesús está llamando.

Oremos, entonces: «Señor, sáname allí donde estoy herido y sírvete de mí para sanar a los demás. Ayúdame a dar gratuitamente a otros lo que he recibido gratuitamente de ti».

Porque el mundo reconocerá la compasión de Cristo cuando experimente su amor por medio de nosotros.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Hermanos y hermanas, nuestro Señor es un Pastor compasivo que sana los corazones destrozados, fortalece a los débiles y envía a sus discípulos para llevar esperanza al mundo. Confiando en su amorosa providencia, presentemos nuestras oraciones ante él.

Respuesta: Señor, haz de nosotros instrumentos de tu compasión.

1. Por la Iglesia: para que, siguiendo el ejemplo de Jesús, se acerque con compasión a los heridos, los que sufren, los pobres y los olvidados, y sea en el mundo un signo visible del amor sanador de Dios. Roguemos al Señor.

2. Por los gobernantes de las naciones: para que reconozcan el sufrimiento de sus pueblos, gobiernen con compasión y justicia, y trabajen incansablemente para ofrecer dignidad, seguridad y esperanza a los pobres y vulnerables. Roguemos al Señor.

3. Por los misioneros, sacerdotes, religiosos, catequistas y todos los agentes de pastoral: para que el Señor de la mies los fortalezca en su misión e inspire a muchos corazones generosos a dedicarse al anuncio del Evangelio y al servicio de quienes lo necesitan. Roguemos al Señor.

4. Por nuestras familias y comunidades: para que sepamos reconocer el sufrimiento y la soledad de quienes nos rodean y compartamos generosamente nuestro tiempo, nuestros talentos, nuestro perdón y nuestro amor, sin esperar nada a cambio. Roguemos al Señor.

5. Por los enfermos y los difuntos: para que los enfermos, especialmente quienes se sienten abandonados u olvidados, experimenten el toque sanador y la presencia compasiva de Cristo; y para que nuestros hermanos y hermanas difuntos sean acogidos en la morada eterna del Buen Pastor. Roguemos al Señor.

Padre celestial, tú has derramado gratuitamente tu amor y tu misericordia sobre nosotros. Escucha nuestras oraciones, sana nuestros corazones heridos y haz de nosotros instrumentos generosos de tu compasión, para que los demás experimenten, por medio de nuestra vida, la bondad de tu Hijo. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos y hermanas, todo lo que poseemos es un don recibido de las manos generosas de Dios. Presentemos ahora estos dones con un corazón agradecido, junto con nuestra disposición a servir y cuidar a quienes necesitan nuestra compasión. Oremos, hermanos, para que este sacrificio mío y de ustedes sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Acepta, Señor, estos dones que te presentamos con un corazón agradecido. Así como tu Hijo se entregó libremente por la salvación del mundo, que esta ofrenda sagrada acreciente nuestra generosidad, fortalezca nuestra compasión y nos enseñe a compartir gratuitamente los dones que hemos recibido. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Composición temática sugerida: debe utilizarse el prefacio aprobado del Misal Romano.

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, nuestro Señor.

Porque, en tu infinita compasión, nunca abandonas a tu pueblo, sino que escuchas sus clamores, vendas sus heridas y lo conduces por el camino de la salvación. En la plenitud de los tiempos enviaste a tu Hijo como Buen Pastor, que miró con amor a las multitudes sufrientes, curó a los enfermos, anunció la Buena Noticia y reunió en tu Reino a los que estaban perdidos.

Por medio de él nos has concedido gratuitamente los dones de la vida, la fe y la salvación, y nos has llamado a compartir tu generosidad con los demás. Mientras esperamos su venida, fortalécenos con tu Espíritu para que seamos trabajadores fieles en tu mies y testigos de tu amor compasivo.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles, con los tronos y dominaciones, y con todos los coros y potestades del cielo, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Jesús nos enseña a reconocer a Dios como nuestro Padre amoroso, cuya generosidad no tiene límites y cuya compasión abraza a todos sus hijos. Con un corazón agradecido y confiado, oremos como él mismo nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y de todo aquello que vuelve indiferente nuestro corazón ante el sufrimiento y las necesidades de los demás. Concédenos generosamente la paz en nuestros días y sana nuestros corazones heridos, para que nunca permanezcamos ciegos ante quienes están solos, olvidados o desanimados.

Llénanos de la compasión de tu Hijo, el Buen Pastor que sana los corazones destrozados y reúne a los perdidos en su abrazo amoroso. Que compartamos generosamente con los demás los dones que hemos recibido gratuitamente de ti y seamos trabajadores fieles en tu mies, llevando esperanza a quienes la han perdido, consuelo a los que sufren y amor a quienes lo necesitan.

Líbranos siempre del pecado y protégenos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú eres el Buen Pastor que mira a tu pueblo con compasión, sana sus heridas y renueva su esperanza. Nos das gratuitamente tu amor y nos llamas a compartirlo generosamente con los demás. No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele generosamente la paz y la unidad conforme a tu voluntad. Sana las heridas del odio, de la división y de la injusticia en nuestro mundo, y enséñanos a ser instrumentos de reconciliación mediante el perdón, la generosidad y el servicio compasivo. Que tu paz habite en nuestro corazón, en nuestras familias y en nuestras comunidades, y nos convierta en testigos de tu presencia amorosa. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es Jesucristo, el Buen Pastor, que se entrega gratuitamente por la vida del mundo. Nos invita a su mesa para recibir el Pan de Vida y fortalecernos en su

compasión y en su amor. Acerquémonos a él con un corazón agradecido, dispuestos a compartir con los demás lo que recibimos gratuitamente de él. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

BREVE MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, te has entregado gratuitamente a nosotros. Nos has alimentado con tu Palabra y fortalecido con tu Cuerpo y tu Sangre.

Sana las heridas que llevamos dentro y enséñanos a reconocer las heridas de los demás.

Danos ojos para ver a quienes están solos, corazones que sientan el sufrimiento y manos dispuestas a servir.

Que nunca guardemos tus dones solo para nosotros.

Toma nuestro tiempo, nuestros talentos, nuestras palabras y nuestro amor, y sírvete de ellos para llevar esperanza a alguien que te necesita.

Señor, ayúdame a dar gratuitamente a los demás lo que he recibido gratuitamente de ti.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que los santos misterios que hemos recibido, Señor, nos fortalezcan en la fe e inflamen nuestro corazón con la compasión de tu Hijo. Alimentados con su Cuerpo y su Sangre, que compartamos generosamente los dones de tu amor con quienes sufren, están solos y han sido olvidados, y nos convirtamos en testigos fieles de tu Evangelio. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN FINAL

Que el Señor, que sana los corazones destrozados y venda las heridas de su pueblo, llene sus corazones de su compasión y los fortalezca en su amor.

Que abra sus ojos para reconocer a quienes sufren, les conceda un corazón generoso para compartir lo que han recibido y los convierta en instrumentos fieles de su sanación y de su paz.

Que lleven la presencia compasiva de Cristo adondequiera que vayan, especialmente a quienes se sienten olvidados, solos o abandonados.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Vayan, compartan gratuitamente lo que han recibido y permitan que los demás experimenten por medio de ustedes la compasión de Cristo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Hemos recibido gratuitamente el amor de Dios; hagamos visible su amor compartiéndolo gratuitamente».